

quiera á los extranjeros cuya figura, armas, vestidos y caballos, eran objetos de vivísima curiosidad para los que no les habian visto en las batallas siendo no menor la admiracion que causó á los españoles el aspecto de los cholultecas, muy superiores en vestido y en todas las apariencias, á cuanto hasta entonces habian encontrado. Lo que mas les sorprendió fué un vestido usado por las clases altas, que era una graciosa capa ó *albornoz*,¹ muy parecida en la tela y hechura á los albornoces de los moros. Manifestaban tener el mismo gusto por las flores que las otras tribus de la mesa, pues traian adornada su persona con ellas y repartian entre los recién venidos, ramos y guirnaldas. Gran número de sacerdotes venian mezclados con la turba y quemaban un suave incienso, mientras que al son de varios instrumentos músicos se celebraba la bienvenida de los españoles. Aquella era una escena de grato y sincero placer; y aunque no tenia aquella entrada el aire de procesion triunfal que en Tlaxalalan, donde los sonos de los instrumentos eran acallados por las aclamaciones de la multitud, era sin embargo, el anuncio de una hospitalaria y amistosa acogida, no menos grata que aquella.

1 Los honrados ciudadanos de ella, todos traen *albornoces* encima de la otra ropa, aunque diferenciados de los de la Africa, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos, son muy semejables. Ibidem.

Tampoco causó poca estrañeza á los españoles el aseo de la ciudad, cuyas calles amplias y simétricas parecia que habian sido hechas con arreglo á un plano; la solidez de las casas y el número considerable y gran tamaño de los templos. Se les señaló para cuartel el átrio de uno de éstos y los edificios adyacentes.¹

Al instante vinieron á visitarles las primeras personas de la ciudad, que se disputaban el honor de alojarles: se les proveyó copiosamente de víveres; y en una palabra, se les dispensaron todas las atenciones capaces de disipar sus sospechas y de hacer recaer sobre la imputacion de los tlaxcaltecas, la tacha de parcialidad y odiosidad nacional.

Mas en pocos dias, la escena cambió enteramente: llegaron embajadores de Moteuczoma, que des-

1 Ibid. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS.; cap. 84. Oviedo Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. B. Diaz, Hist. de la Conq., cap. 82.

Los españoles comparaban á Cholula con la bella Valladolid, segun Herrera, cuya descripcion de la entrada del ejército en aquella ciudad, es muy animada. Saliéronle á recibir otra dia mas de diez mil ciudadanos, en diversas tropas, con rosas, flores, pan, aves y frutas, y mucha música. Llegaba un escadron á dar la bienvenida á Hernando Cortés, y con buen orden se iba apartando, dando lugar á que otro llegase. . . . En llegando á la ciudad, que pareció mucho á los castellanos, en el asiento y perspectiva, á Valladolid, taló la demas gente, quedando muy espantada de ver las figuras, albes, y armas de los castellanos. Salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, sobrepellices, y algunas cerraduras por delante; los brazos de fuera, con flecos de algodón en las orillas. Unos llevaban figuras de ídolos en las manos, otros, zahumerios: otros, tocaban cornetas, atabalejos, y diversas músicas, y todos iban cantando, llegaban á incensar á los castellanos. Con esta pompa entraron en Cholula. Hist. gal., dec. 2, lib. 7 cap

BIBLIOTECA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL
ALFONSO REYES
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

pues de intimar á Cortés, breve y ásperamente, els desagrado que causaria á su señor el viage de lo españoles, conferenciaron aparte con los enviados texcucanos, hasta en el campo de los cristianos, y se llevaron consigo á uno de aquellos, ya que se volvian á la córte. Desde entonbes sufrió una alteracion visible la conducta de los cholultecas: ya no iban á visitar á los españoles á sus cuarteles, y cuando les invitaban á hacerlo, se rehusaban so pretesto de enfermedad: les fueron retirando los víveres, dando por excusa que habia escasez de maíz. Estos síntomas de hostilidad, y algunos achaques pasajeros, inquietaron sériamente el corazon de Cortés. No eran para tranquilizarle los informes de los zempoaltecas, quienes le dijeron, que andando por la ciudad, habain visto algunas de las calles atrincheradas, las azoteas llenas de piedras y otras armas arrojadizas: y en algunos lugares, hoyos cubiertos con ramas y estacadas dentro de ellos, que tendrian seguramente por objeto, impedir los movimientos de la caballería. ¹ Algunos tlaxcaltecas que vinieron del campo, avisaron á Cortés que en

¹ Cortés, efectivamente, habla de algunas señales que encontró en el camino, que indicaban una traicion premeditada. "Y en el camino topamos muchas señales, de las que los naturales de esta provincia nos habian dicho; porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro, y algunos hoyos, aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapadas: y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar mas sobre aviso, y á mayor recaudo. Relac. seg., pág. 64.

un lugar distante de la ciudad se habia celebrado un grun sacrificio, especialmente de niños; implorando el favor de los dioses para una proyectada empresa: añadieron tambien, que habian visto salir de la ciudad á varios de sus habitantes que llevaban consigo á sus mujeres é hijos, como para ponerlos en salvo.

Todas estas noticias cenfirmaron las funestas sospechas de que se tramaba alguna hostilidad. Mas aun cuando Cortés nada hubiese sospechado, Marina, el ángel de guarda de la espedicion, habria convertido las dudas en certidumbre.

El trato amable de la jóven le habia ganado el afecto de la mujer de uno de los caciques, la cual le instaba frecuentemente á que se viniera con ella, pues solo así podria escapar del negro destino que aguardaba á los españoles. La manceba, conociendo de cuánta importancia era adquirir noticias mas completas, fingió aceptar al punto la oferta, mostrando el disgusto que le causaba estar entre los blancos, quienes, decia ella, que la tenian cautiva á la fuerza.

Ganándose de esta suerte la confianza de la crédula cholulteca, consiguió Marina insinuarse mas y mas en sus secretos, hasta que llegó á averiguar completamente la conspiracion.

Supo que ésta habia sido urdida por el emperador azteca, quien para ganarse el afecto de los ca-

ciques, habian enviado á éstos y á sus mujeres, ricadávivas. Los españoles debian ser asaltados al salir de la ciudad y cuando estuviesen todavía enredados en sus calles, en la que habian puesto muchos obstáculos para inutilizar á la caballería. Cerca de la ciudad estaba un ejército de veinte mil mexicanos, prontos á acudir en ayuda de los cholultecas, luego que el asalto comenzase. Se esperaba, pues, con toda seguridad, que los españoles, imposibilitados de moverse, sucumbirian fácilmente á la superioridad de sus enemigos. De los prisioneros, una parte considerable debia quedar en Cholula para que se celebraran los sacrificios, y la otra debia ser enviada prisionera á Moteuczoma mismo.

Durante esta conversacion, fingió Marina ocuparse en recojer todas las joyas y vestidos que queria llevarse la noche en que escapándose del campo de los cristianos, se fuesen á la casa de su amiga, la cual estaba ayudándole en aquella operacion. Mientras su vista se ocupaba en esto, Marina consiguió escapársele por un momento, ir al aposento del general y revelarle sus descubrimientos. Al punto ordenó éste que se aprehendiese á la mujer del cacique, la cual, en sus declaraciones confirmó plenamente las noticias que le habia dado la querida del general.

Estas noticias llenaron á Cortés de sumo desaliento: habia caido en la trampa: pelear ó huir, todo era

igualmente peligroso: se encontraba en una ciudad de enemigos, en la que cada casa era una fortaleza, y en la que podian oponerle tantos tropiezos, que fuesen imposibles las maniobras de la caballería y la artillería: ademas de los astutos cholultecas, tenia que combatir con los formidables guerreros de México. Su situacion era la de un viajero que en la oscuridad de la noche ha perdido su camino en medio de precipicios; de manera que cada paso puede hundirle en un derrumbadero, y que tan peligroso es proseguir como retroceder.

Deseaba saber mas pormenores acerca de la conspiracion, y para adquirirlos invitó á dos sacerdotes que vivian allí cerca, y uno de los cuales era persona muy influente en la ciudad, á que viniesen á sus cuarteles. Por medio de un trato afable y de liberales regalos que les hizo, los que sacó de los presentes mismo que le habia enviado Moteuczoma (con lo que convirtió la dádiva en perjuicio del donatario) obtuvo de ellos la ratificacion de todas las noticias. Supo que el emperador habia estado en lastimosa perplejidad desde que los españoles habian llegado: que al principio, dió orden á los cholultecas de que les recibiesen amistosamente; pero que despues consultó nuevamente con sus oráculos quienes le respondieron que Cholula, debia servir de tumba á sus enemigos, porque los dioses lo ayudarian firmemente en la venganza del ultraje inferi

do á la Ciudad Santa. Los aztecas confiaban de tal manera en el éxito, que ya habian preparado en la plaza los grillos, ó pérticas con eorreas, que debian servir para atar á los prisioneros.

Sabedor de los sucesos despidió Cortés á los sacerdotes, haciéndoles el encargo, apenas necesario, de que guardaran secreto. Díjoles que al dia siguiente iba á dejar la ciudad y les suplicó que se empeñaran con algunos de los principales caciques, para que viniesen á verle. En seguida, convocó un consejo de capitanes, aunque segun parece probable, ya tenia tomada su determinacion.

Los diferentes miembros del consejo de guerra recibieron diversas impresiones al saber aquella peligrosa noticia, segun era el carácter de cada uno. Los mas tímidos, viendo que los obstáculos aumentaban en proporcion que iban acercándose á la capital del imperio, opinaban por retroceder y refugiarse en la ciudad de Tlaxcalan, donde les habian recibido amistosamente. Otros, mas constantes, pero mas prudentes, aconsejaban que se tomase el camino situado hácia el Norte, que habian indicado los aliados. La mayor parte era del mismo dictámen del general, de que no les quedaba otro partido mas que seguir adelante: de que retirarse era arruinarse: de que las medidas á medias, solo servirán para demostrar su temor y desacreditarlos con amigos y enemigos: su esperanza la cifraban en sí mismos:

querian dar tal golpe á los indios, que les intimidase y les hiciese conocer, que los españoles no sucumbian ni á los artificios y amaños, ni al valor, ni al número.

Cuando los caciques persuadidos por los sacerdotes se presentaron ante Cortés, éste les echó en cara su falta de hospitalidad, les dijo que dentro de breve dejarían de molestar á la ciudad, pues se proponían dejarla el dia siguiente, y les instó mucho para que le propocionasen dos mil hombres que trasportasen la artillería y los bagages. Los caciques, despues de conferenciar un poco sobre la propuesta, accedieron á ella, juzgándola favorable á sus designios.

Ya al partir los embajadores aztecas, mandó el general que los trajesen á su presencia y les instruyó brevemente de cómo sabia la conspiracion traidora tramada para destruir al ejército, perfidia de que acusaban á su señor Moteuczoma: díjoles cuánto le ofendia ver al emperador implicado en aquella infame traicion; y les previno, que los españoles iban á marchar como enemigos contra el príncipe á quien habian deseado visitar en calidad de amigos.

Los embajadores replicaron, haciendo mil calorosas protestas, de que ignoraban la conspiracion y de que Moteuczoma no podia estar implicado en aquel crimen, que pesaba enteramente sobre los cholultecas. Es claro que á Cortés le convenia estar en buena armonía con el emperador y sacar to-

do el fruto posible de aquella confianza que fingia con el objeto de ocultarle sus ulteriores designios: por lo tanto, fingió dar crédito á las protestas de los enviados y les manifestó cuánta repugnancia le costaba creer que un monarca que hasta entonces habia tratado á los españoles con tanta benevolencia, quisiera consumir su generosidad con un acto de infamia sin igual: finalmente, añadió, que el descubrimiento de la doble perfidia que los cholultecas habian cometido con él, y con Moteuczoma, le llenaba de ira y le haria tomar una venganza terrible, digna del uno y del otro. En seguida despidió á los enviados, teniendo cuidado, á pesar de su aparente confianza, de ponerles bajo buen recaudo, para impedir que hablasen con los de Cholula. ¹

Aquella noche fué de ansiedad y sobresalto para todo el ejército: parecíales que iba á hundirse el suelo que pisaban, y cada momento les parecia ser el señalado para su destruccion. El vigilante general multiplicó las precauciones, apostando mayor número de centinelas y disponiendo su artillería de modo que estorbase las entradas al campamento. Es de creer que sus párpados no se cerraron en toda la noche: todos durmieron con sus armas al lado, y los caballos estaban ensillados y enfrenados, para

¹ B. Diaz, cap. 83. Gomara, cap. 89. Relac. seg., p. 65. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4. cap. 39. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. Mártir de Orbe novo. dec. 5. cap. 2. Herrera. Hist. gral., dec. 2, lib. 7, cap. 4. Argensola, Anales, lib. 1, cap. 85.

tenerlos listos en el primer momento. Pero los indios no proyectaban ningun ataque; y el silencio de la noche solo era interrumpido de vez en cuando, por el áspero son de las trompetas con que desde la torre de los templos anunciaban los sacerdotes á la populosa ciudad hundida en el sueño, las horas de la noche. ¹

¹ "Las horaa de la noche se regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin ciertos instrumentos como vocinas con que hacian conocer al pueblo el tiempo." Gama, Descripcion, part. 1, cap. 14.